



Técnica: Vinilo
Serie Formato Onírico
Ana M^a Gómez Vélez



Los imaginarios de la colonización antioqueña desde 1860 hasta 1930 en la zona del Eje Cafetero: una visión antropológica

The imaginaries of the antioquian settlement from the 1860 to 1930 in the Eje Cafetero: an anthropological view.

Os imaginários da colonização de antioquia a partir do ano 1860 a 1930 no Eje Cafetero: uma visão antropológica

CÉSAR AUGUSTO VÁSQUEZ LARA

Resumen

Esta investigación buscó desde los imaginarios sociales el reconocimiento identitario de los colonos paisas en el Eje Cafetero que a través de un sistema de interpretaciones y de valoraciones, provocaron una adhesión afectiva, capaz de moldear conductas o inspirar las acciones que se han gestado con esta historia de la colonización y que, en consecuencia, han alimentado la dinámica y forjado una aura de ensoñación y de gesta a través del papel de un hombre recio, blanco, amante de la ley y de Dios que como símbolo cumple en el proceso de construcción de una identidad colectiva sobre la antioqueñidad (paisas hoy en día), la cual creó a su vez una serie de procesos sociales, culturales e históricos que tiene que ver con la familia, la religión y la lucha contra los caucanos que llevó a procesos de fundamentalismo religioso, blanqueamiento étnico, riqueza fácil y a forjar un campesinado motivado por una realización personal y de lucha por la tierra.

Palabras clave

Imaginarios, colonización, fundamentalismo, patriarcalismo, cultura del trabajo, matriz identitaria, señorío, género, blanqueamiento, antioqueñidad, colonos, campesinos.

Abstract

This research examined through the social imaginary the recognition of the identity of paisas settlers in the Eje Cafetero that through a system of interpretations and evaluations, created an emotional commitment, able to shape behavior and inspires action, the result of an evolution in the history of

colonization and, consequently, have fed the impetus and forged an aura of dream and action. Moreover, through the role of a strong man, white, lover of God's law that as a brand meets in the process of building a collective identity of Antioqueñidad (paisas today). This created a number of social, cultural and historical factors related to the family, religion and the fight against the caucanos. All this led to processes of religious fundamentalism, ethnic, easy wealth and forged a condition of peasant motivated by personal achievement and struggles for land.

Keywords

Imaginary, colonization, fundamentalism, patriarchy, work culture, identity matrix, lordship, gender, whitening, Antioquenidad, settlers, farmers.

Resumo

Esta pesquisa analisou através dos imaginários sociais o reconhecimento da identidade dos colonos paisas no Eje Cafetero, que através de um sistema de interpretações e avaliações, provocaram um compromisso emocional, capaz de moldar o comportamento ou inspira ação, fruto de uma evolução na história de colonização e, conseqüentemente, têm alimentado a dinâmica e forjou uma aura de sonho. Ademais, através do papel de um homem forte, branco, amante da lei de Deus e que, como uma marca, atende no processo de construção de uma identidade coletiva da Antioqueñidad (paisas hoje). Isto criou uma série de fatores sociais, culturais e históricos que têm a ver com a família, a religião e a luta contra os caucanos que levou a procesos de fundamentalismo religioso, étnico, riqueza fácil e forjar uma condição de camponês motivado pela realização pessoal e lutas pela terra.

Palabras-clave

Imaginario, a colonización, o fundamentalismo, o patriarcado, a cultura de trabalho, a matriz de identidade, soberania, sexo, clareamento, Antioquenidad, colonos, agricultores.

El contexto de este estudio se centra en la zona conocida como el Eje Cafetero, integrado por los departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío, ubicados en el centro-occidente de Colombia, en la órbita conocida como de la cultura paisa.

El planteamiento inicial del problema parte de la necesidad de comprender las categorías que estructuran la historia oficial del proceso de colonización antioqueña, que no son parte pública o no se hallan dentro de los elementos

míticos que dicha historia ha propagado y mantenido. El interés de las versiones oficiales es mostrar una historia plena de bondades, en una gesta casi heroica, donde sus protagonistas han sido elevados a categorías épicas. Por esto se ha visto la necesidad de buscar las justificaciones culturales de esa especie de epopeya, con un afán antropológico, un campo que bien vale la pena observar con otra mirada y otras implicaciones teóricas que, para el caso, es la aplicación de la

matriz identitaria con sus variables estructurales (etnicidad, cultura del trabajo, relación sexo-género).

El estudio se enmarca dentro de una estructura arquetípica imaginaria, que permite hacer una reconstrucción de esta historia mediante categorías relacionadas con la etnicidad de los paisas en el territorio de lo que hoy es el llamado Eje Cafetero; la visión de género de lo que pensaban y sentían las mujeres dentro de este proceso, y la cultura del trabajo relacionada con



las etapas de colonización asociadas al cultivo del café, principalmente.

En esta perspectiva, surgen algunos interrogantes dentro del proceso de definición del objeto de estudio, que se constituyeron en ejes centrales de la investigación, como los siguientes:

- ¿Cómo se configura la identidad del grupo paisa dentro del territorio de lo que se conoce como el Eje Cafetero?
- ¿En qué ámbitos se reproduce la identidad de la población paisa, frente a otros grupos en Colombia, en especial frente a los caucanos?
- ¿Cómo es la mirada femenina frente a los procesos generados en la colonización en los campos de la familia, el trabajo y la fundación de los pueblos?
- ¿Cuáles son los marcadores identitarios que asocian a los pobladores del Eje Cafetero con respecto al colectivo social antioqueño?
- ¿Cómo se dio el proceso de estigmatización racial y el proceso de blanqueamiento de los grupos de colonos en el territorio?

El método de la investigación se ubica en perspectiva cualitativa y se basa en el análisis del discurso, que permitió trabajar elementos de fuentes escritas, como archivo e investigaciones, y fuentes orales como relatos de expertos que han intervenido dentro del área del conocimiento que nos ocupa; el

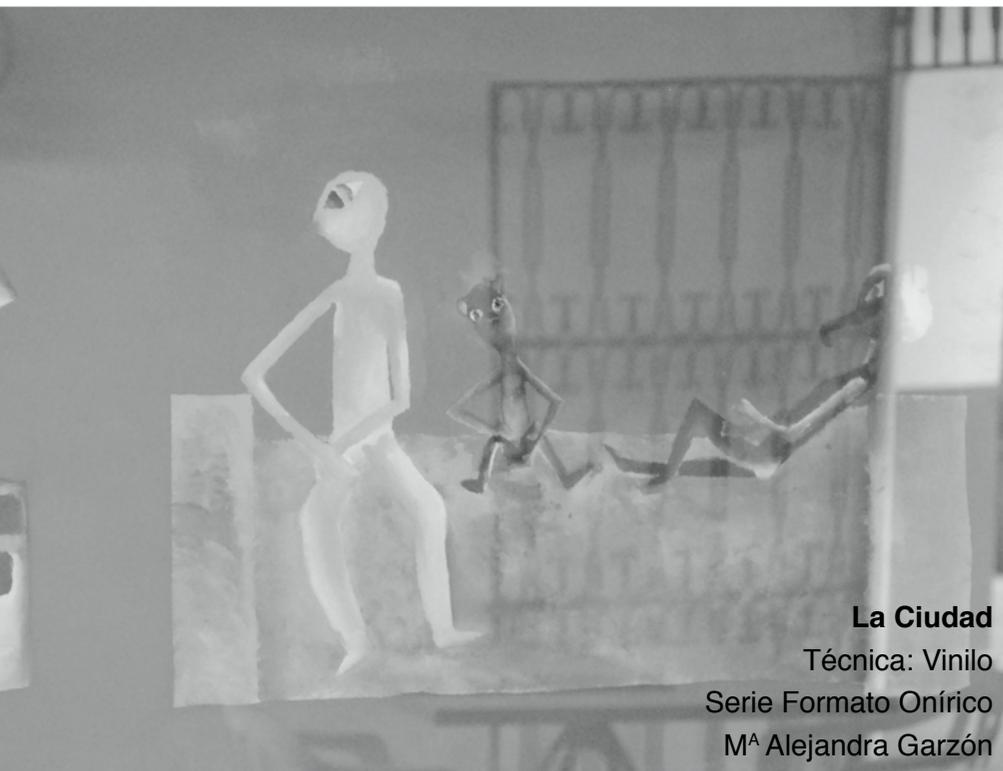
análisis se realiza en el marco de la teoría de los imaginarios con la aplicación de la matriz identitaria a partir de las categorías estructurales (etnicidad, cultura del trabajo, relación sexo-género) propuesta por Moreno y Palenzuela (1991-95)

En el proceso de análisis documental fue notoria la excesiva exultación de los protagonistas que se suelen presentar como héroes de gestas mitológicas, o como modelos de hombría y valor para futuras generaciones que han resultado debilitadas por la modernidad. Al seguir las huellas de estos personajes fabulosos, van apareciendo preguntas por el papel de las mujeres; por la presencia de los indígenas y los negros que son ignorados sistemáticamente en los relatos; por la gran cantidad de fundaciones dispuestas en el territorio; por el origen de tantas personas con riqueza y prestigio social, cuando una de las supuestas causas de la migración fue la crisis económica de los antiguos centros urbanos.

El estudio plantea un lineamiento sobre lo histórico, lo sociológico y lo antropológico; por cuestiones de tiempo voy a referirme muy sucintamente a lo antropológico y lo sociológico.

Desde lo antropológico, los estudios de Gilbert Durand y Jacques Le Goff, intentan encontrar las raíces innatas de las representaciones sociales, una verdadera matriz arquetípica, un depósito semántico, capaz de dilucidar la diversidad de

El estudio plantea un lineamiento sobre lo histórico, lo sociológico y lo antropológico; por cuestiones de tiempo voy a referirme muy sucintamente a lo antropológico y lo sociológico.



La Ciudad
Técnica: Vinilo
Serie Formato Onírico
M^A Alejandra Garzón

imágenes mentales, de sueños, de mitos y de narraciones de las culturas a través de la historia, puesto que todo imaginario humano está articulado por estructuras irreductiblemente plurales, pero limitadas a tres clases que gravitan alrededor de esquemas matriciales del ‘separar’ (heroico), del ‘incluir’ (místico), y del ‘dramatizar’ —desplegar en el tiempo las imágenes de una narración— (diseminatorio). He aquí la esencia de esta investigación.

En términos de Marc Augé (1998) los relatos son «el fruto de la memoria y el olvido, de un trabajo de composición y de recomposición que refleja la tensión ejercida por la espera del futuro sobre la interpretación del pasado» y la disputa entre la reflexión interior y las reflexiones ejercidas por otros individuos.

En este sentido, tanto el desarrollo de la memoria (memoria narrativa) como del olvido tienen una inscripción práctica en la política y en el ejercicio político puesto que su abuso o desuso de una u otra forma afecta la operación historiográfica en cuanto a práctica teórica. La vinculación entre su uso o desuso con la política trastoca el mundo de las relaciones de los individuos, el mundo del historiador y la relación de dos operaciones cognitivas y prácticas como son la memoria y la historia.

Vale la pena llamar la atención sobre la vulnerabilidad de la memoria, lo cual resulta de la relación entre la ausencia de la cosa recordada y su presencia según el modo de la representación. Dichos abusos ponen al descubierto el peligro de la

relación del presente con el pasado y cómo el ejercicio de la cultura determina sin duda esta relación.

En lo sociológico, Blair, Baczko (1991), definen los imaginarios sociales como

“el conjunto de representaciones colectivas desde donde mejor pueden aprehenderse los modos colectivos de imaginar lo social”.

Estructuran los aspectos afectivos de la vida colectiva por medio de una red de significaciones, es decir, de una producción colectiva de sentido, que da cohesión a los grupos sociales, pues, al proveer un sistema de interpretaciones y de valoraciones, provoca una adhesión afectiva, capaz de moldear las conductas o inspirar la acción. Esta ausencia de producción colectiva de sentido explica que los tiempos de crisis sean “*tiempos calientes*” en la producción de imaginarios sociales, por la interpretación que pretende dársele a los acontecimientos que se precipitan.

Partiendo de estas reflexiones, se analiza el problema de la identidad paisa, formada en el territorio que se forjó en el proceso de colonización antioqueña, mostrando cómo los imaginarios sociales, tradicionalmente asumidos como ilusorios o falsos, no son otra cosa que esa interpretación colectiva de sentido, imprescindible a la vida social y que juega en las prácticas de los actores por la vía de las significaciones (la búsqueda de sentido)



Con base en estos referentes históricos, intento mostrar cómo los paisas fueron construyendo un nuevo proceso de identidad con mezcla de violencia, con referentes incubados en la lógica de un proceso de construcción de pueblos fronterizos, apropiación de tierras de resguardos, un lucrativo negocio sobre las tierras para la fundación de nuevas poblaciones y el manejo de la llegada de colonos y campesinos al Viejo Caldas, en un enfrentamiento encarnizado con los caucanos.

y de la movilización afectiva que produce prácticas sociales.

Ahora bien, una de las funciones de los imaginarios sociales es el manejo –en el plano simbólico– del tiempo colectivo. Ellos intervienen en la construcción de memorias y futuros colectivos.

Dos procesos históricos corroboran que la identidad paisa ha sido un componente de nuestra identidad como Nación: el primero, por la vía de la exclusión a muerte del otro, y el segundo es la constitución de la nacionalidad colombiana y la imbricación de la guerra con la política. El primero, tiene que ver con los universos simbólicos acotados por la Iglesia y los partidos políticos como los dos pilares de construcción de la Nación, en medio de una confrontación donde el otro es el enemigo.

Interesa mostrar cómo la identidad paisa se constituye, a partir de un mecanismo: de la exclusión o muerte del adversario (los caucanos), es decir, la imposibilidad de aceptar la diferencia en el marco de estos dos pilares fundamentales: cristianos vs. ateos, masones y comunistas, liberales vs. godos reaccionarios. En cualquier caso, el otro era el enemigo del empuje paisa, recientemente constituido. El segundo proceso es el que podemos calificar como de pervivencia histórica en el país de la imbricación de la violencia con la política. Siguiendo a los historiadores, es fácil concluir que la historia colombiana

es, en buena medida, la historia de los diversos tipos de combinación entre la guerra, la religión y la política.

Con base en estos referentes históricos, intento mostrar cómo los paisas fueron construyendo un nuevo proceso de identidad con mezcla de violencia, con referentes incubados en la lógica de un proceso de construcción de pueblos fronterizos, apropiación de tierras de resguardos, un lucrativo negocio sobre las tierras para la fundación de nuevas poblaciones y el manejo de la llegada de colonos y campesinos al Viejo Caldas, en un enfrentamiento encarnizado con los caucanos.

Como lo plantea Baczkó (1991), es el concepto de imaginarios sociales el que mejor define estas categorías de representaciones colectivas, ideas-imágenes de la sociedad global. Es, probablemente, a partir de ellas donde mejor pueden comprenderse los modos colectivos de imaginar lo social. Para quienes han incursionado en el tema, no hay duda de que los imaginarios sociales –a través de una compleja red de símbolos– intervienen en distintas esferas de la vida individual y colectiva.

Así, el dispositivo imaginario provoca la adhesión a un sistema de valores e interviene eficazmente en el proceso de su interiorización por los individuos, moldea las conductas, cautiva las energías y, llegado el caso, conduce a los individuos

a una acción común. En efecto, a lo largo de la historia, las sociedades se entregan a una invención permanente de representaciones, ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad, perciben sus divisiones, legitiman su poder y elaboran modelos formadores para sus ciudadanos. Estas representaciones de la realidad social –y no sus simples reflejos– son inventadas y elaboradas con materiales del caudal simbólico de la sociedad y tienen una realidad específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos, en las múltiples funciones que ejercen en la vida social.

Otro aspecto fundamental en este trabajo tiene que ver con la manera como intervienen los imaginarios en el manejo del tiempo colectivo. Se trata del peso enorme que tiene el pasado en la re-significación que intenta dársele a los nuevos acontecimientos.

La imaginación social y los sistemas simbólicos con los cuales ella trabaja se construyen sobre las experiencias, y también sobre los deseos. Un espacio en el que se cruzan las inercias históricas sobre las que se afirman las conductas y los comportamientos de los hombres con las esperanzas de futuro, que no son más que las referencias específicas del sistema simbólico de toda colectividad. Como lo pone en evidencia la psicología colectiva, la colectividad necesita continuidad,

de modo que las experiencias que se van sucediendo, unas a otras, también se articulan una con otra para que la colectividad pueda comprender que ella es el sujeto de experiencias anteriores, sujeto de sí misma, a lo cual se le llama identidad.

Ahora bien, la creación de la identidad del paisa en este territorio es una trama continua de la historia. Y es en este juego complejo entre pasados, presentes y futuros, donde ella interviene como referente inscrito en la memoria colectiva de los paisas. La sociedad paisa en el viejo Caldas ha construido sus imaginarios en la diferencia, ha nutrido a partir de ella sus representaciones y ha magnificado así la separación política-cultural con respecto a Antioquia.

Después de estas distinciones puede concluirse que lo imaginario es lo que hemos llamado un conjunto de imágenes mentales, un conjunto que siempre se mueve entre lo consciente y lo inconsciente, que se encuentra del lado del pensamiento ilustrado pero que no se devela completamente; imágenes mentales que se insinúan y que cuando se creen encarnar se llaman identidades, cuando se racionalizan se llaman ideologías, cuando se dibujan o se esculpen son imagerías, cuando se “metaforizan” se vuelven símbolos y cuando se recuentan se convierten en memoria colectiva.

Otro aspecto fundamental en este trabajo tiene que ver con la manera como intervienen los imaginarios en el manejo del tiempo colectivo. Se trata del peso enorme que tiene el pasado en la re-significación que intenta dársele a los nuevos acontecimientos.



El relato es el mecanismo a través del cual se construyen los imaginarios, el hilo que teje la trama. Es el conjunto de representaciones colectivas desde donde mejor pueden comprenderse los modos colectivos del imaginario social, y ayudan a estructurar los aspectos afectivos de la vida colectiva por medio de una red de significaciones, de una producción colectiva de sentido que da cohesión a los grupos sociales, pues al proveer un sistema de interpretaciones y valoraciones, provocan una adhesión afectiva capaz de moldear conductas y de inspirar la acción.

Antecedentes

Existe una amplia bibliografía que relaciona la forma de ser de determinados pueblos con su capacidad para la empresa económica y en particular con la creación del capitalismo. La gran mayoría de los autores que han tratado dicho tema coinciden en una enumeración de los mismos rasgos psicológicos de aquel grupo social que ellos consideran el iniciador del proceso de crecimiento.

En Colombia se ha estudiado con cierta profundidad y desde la antropología, la sociología y la economía, a un grupo sociocultural conocido como los *paisas* o *antioqueños*, cuyo movimiento migratorio, que inicia en el siglo XIX y culmina a mitad del siglo XX, se ha comparado con la colonización del Oeste norteamericano o el de los *Bandeirantes*, del Brasil.

De hecho, al revisar las más diversas fuentes sobre la descripción de dicho grupo, se encuentran las siguientes cualidades: ascetismo, activismo, afición por el dinero, alta motivación hacia el éxito, gusto por el juego y el riesgo calculado, agresividad, creencia en el progreso, expresividad de movimientos, frugalidad, fidelidad conyugal, hipersensibilidad acerca del tiempo (cumplimiento), maneras democráticas, movilidad geográfica, método y orden, neutralidad afectiva, optimismo, positivismo, predominio del rango social adquirido sobre el rango social adscrito o heredado, hegemonía de la orientación hacia el futuro, puritanismo sexual, reserva, religiosidad, regionalismo, sentido práctico, sentido comercial, sentido de independencia, tradicionalismo y truculencia.

La historia ha hecho énfasis y alusión al afán de conquista de tierras baldías que no tuvieran dueños, ya que la preocupación de la gran mayoría de los colonos fue la lucha legal por hacerse dueños de parcelas y los litigios que tuvieron que sostener con ciertas familias que poseían títulos legales sobre extensos territorios y la lucha iban más allá de los estrados judiciales en donde la venganza, la destrucción de cosechas, sembrados y nacientes caseríos, así como los odios enconados dieron origen a lances sangrientos que eran almibarados por ciertos mitos muy parecidos a los que sufrieron los conquistadores

que llegaron en búsqueda de El Dorado.

El proceso de colonización antioqueña en el occidente colombiano fue antecedido por la crisis del comercio del oro, por lo tanto la minería fue una explotación y una institución que tuvo trascendencia en la vida económica antioqueña por varios siglos. La colonización viene pues legitimada por la idea de progreso, y el progreso, por lo tanto, ha quedado ligado a un grupo sociocultural que por aquello de los grandes mitos, se denomina "raza antioqueña", que todavía se santifica y se asume, por parte de algunos intelectuales y de ciertos grupos sociales y económicos, como la raza superior en Colombia.

Con la llegada de los africanos a los trabajos de las minas y a las haciendas, el mestizaje se hizo en forma más truculenta, aunque hay que reconocer que procesos migratorios de población de origen europeo se fueron asentando en la accidentada geografía antioqueña, lo cual permitió que no tuvieran una mezcla muy acentuada cuando se inició la oleada migratoria de estos grupos hacia lo que hoy es Caldas, Risaralda, Quindío, el norte del Tolima y el Valle del Cauca. Muchas poblaciones conservaron la pureza de los colonos fundadores.

Es de anotar que en estos territorios, los grupos indígenas ya habían desaparecido y los pocos que encontraron los colonos se hallaban desperdigados en las

A estas personas les correspondió establecer mecanismos dirigidos a la resolución de los conflictos que se generaban en la zona y, en algunos casos, transmitir una normatividad dada y reconocida como legítima.

selvas y no conformaban grupos culturalmente fuertes; por lo tanto la cuota de sangre indígena en el proceso de colonización no fue muy abundante.

Pero, en cambio, con los africanos la historia fue algo diferente. Cuando se inicia la ola migratoria, había grandes grupos de esclavos africanos en las minas y haciendas y en una de estas rutas migratorias, por el río Cauca, con dirección hacia el sur, existían establecimientos mineros y poblaciones con esclavos y cimarrones en libertad; además, los colonos antioqueños tuvieron relaciones de toda índole (comerciales, militares, sociales) con población proveniente, en esa época, del Estado del Cauca, mayoritariamente negra, o mestiza procedente del Tolima.

La construcción de imaginarios en la colonización antioqueña del eje cafetero

La no presencia del Estado durante el período de colonización y después de la instauración de la República, desde los inicios de las primeras oleadas de los migrantes hacia estas tierras, hizo casi imposible la administración pública, que debió ser resuelta por la acción directa de individuos que asumieron por su propia cuenta la responsabilidad de garantizar la existencia de un orden social, mediante la exigencia a los pobladores de un apego a normas, valores y

procedimientos que no estaban plena y necesariamente institucionalizados. Esta circunstancia deja claro que el control social en la zona de colonización estuvo a cargo de algunas personas que, por su prestigio, lograron el reconocimiento y la aceptación de los colonos y de los demás pobladores. A estas personas les correspondió establecer mecanismos dirigidos a la resolución de los conflictos que se generaban en la zona y, en algunos casos, transmitir una normatividad dada y reconocida como legítima.

Esta situación fue cambiando lentamente con la creación de instancias que tenían el objeto de coordinar el proceso de distribución de predios y de resolver problemas concretos surgidos en la colonización. Por estas instancias se materializó la creación de ámbitos institucionalizantes dedicados a la administración oficial de los recursos territoriales, aunque a través de personas que cumplían un papel público con base en criterios y prácticas tradicionales ceñidas a una estructura de tipo señorial.

Esto llevó a la creación de un ethos cordillerano, recatado, profundamente religioso, patriarcal y de maneras de ser, hacer y pensar muy fuertes, rígidas y autoritarias. No en vano el conjunto de las medidas coloniales españolas se tomaron para mantener sus dominios. Tan arraigadas eran las ideas de su mundo que, por ejemplo, el criollo y especialmente el antioqueño



ño heredó igualmente del español gran parte de la ritualidad de éste en los procesos de fundación de las primeras poblaciones, estableciendo un centro o plaza principal, donde ocuparían lugar privilegiado el templo y la casa de gobierno y a sus alrededores la vivienda de los patricios o los notables.

La dinámica de la colonización impuso el nombramiento de personas con este perfil, así como el establecimiento de formas administrativas patrimonialistas. Ambas situaciones eclipsaron el afianzamiento del Estado y de los procesos administrativos modernos que éste avalaba. En su reemplazo, se ubicaron los fundadores, que administraban los asuntos públicos en forma discrecional, pero teniendo la ley como referencia. La presencia y la acción de estos individuos permitieron que en estas sociedades locales en plena configuración se aceptaran mandatos que configuraron, por primera vez, un terreno común en el ámbito normativo.

Al mismo tiempo, estos personajes fueron la clave en el proceso de forjar lazos de identidad locales. Alrededor de estas autoridades se articulan los pobladores, y en ellas se concentra, de alguna manera, la personalidad del pueblo en gestación.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la Antioquia que dio paso a la colonización no era homogénea, no tenía una sola cultura, no era un solo pueblo y

un solo ethos. Era una sociedad de clases, definidas por los procesos de colonización hispana, asentadas en una intrincada, arisca y aislada geografía.

Había dos Antioquias que dirigieron sendas corrientes colonizadoras: Antioquia del centro, con Medellín, Rionegro y el sur con Marinilla, Abejorral y Sonsón caracterizada por una población blanca, pobre, disciplinada, patriarcal y muy conservadora, clerical y profundamente religiosa, con vocación agrícola; colonizó la cordillera Central e incursionó por el occidente y el oriente caldense.

La Antioquia de la periferia, con Girardota, Envigado y Copacabana se estableció por la banda izquierda del río Cauca, compuesta por indígenas, negros, morenos o mulatos, presos y en general el lumpen de la sociedad antioqueña de esa época, ávida de riqueza y el botín fácil, en pro de la aventura y de lo que saliera fácil, cómodo y sin mucho esfuerzo. Colonizaron el norte del Valle, parte de Risaralda y el Quindío.

Hacia la década de 1850 a 1860, podemos decir que las corrientes conquistadoras y colonizadoras de estas selvas mantuvieron un imaginario uniforme, producto de esa Antioquia colonial, cuyas representaciones sociales estaban fincadas en una fuerte religiosidad, una ética basada en el trabajo, un espíritu señorial acendrado que se reflejaría en lo político y lo religioso

(conservadurismo), una patriarcalidad autoritaria, firme y rígida, una alimentación magra, pobre y sin mucha variedad, grandes ansias de riqueza, una sociedad donde la camaradería y los convites forjaron la riqueza familiar y la ayuda mutua, pero con cierto aliciente de violencia y racismo marcados.

Las primeras oleadas de colonizadores tenían mentalidad señorial y sentaron las bases del mito del colono heroico, invencible, trabajador, familiar y patriarcal, de rectas costumbres morales, y creó la fama de demócrata. Hay que resaltar que las avanzadas de colonos que fueron teniendo relaciones con los caucanos en la zona de lo que hoy es Risaralda y el Quindío, fueron creando un ambiente de rivalidad que hoy más bien se llamaría de identidad, frente al otro, ya que al rivalizar, enfrentar y contrarrestarse en los ámbitos económicos, sociales, religiosos y políticos dieron paso a la génesis de la fortaleza del pueblo antioqueño y crearon el mito de la antioqueñidad.

Se ha querido resaltar este primer imaginario señorial, de corte patriarcal, ya que los primeros colonos que llegaron dejaron su impronta de esa forma de pensar y hacer las cosas, de ese “así se hacen” tan bien marcada, que las sucesivas generaciones las mantuvieron a pesar de las nuevas riquezas surgidas del comercio y la producción de café, las cuales generaron nuevos tipos de relaciones que afectaron a las

familias y las formas de gobernar. Esto se evidencia en los trabajos de investigación de George Drake (1970), Christie (1986) acerca de las familias que llegaron a estas tierras, y mantuvieron la figura de familia patriarcal desde sus orígenes hasta más allá de la mitad del siglo XX con una característica muy llamativa, estas familias pertenecieron al grupo de los “veinte”, que fundaron a Manizales y aún mantienen lazos de consanguinidad y han manejado y controlado el poder político, económico y una cierta aristocracia de la ciudad.

Esta historia se puede observar en la industria y el comercio de Manizales, y está relacionada con una pregunta sobre el por qué la ciudad perdió impulso y vigencia después de 1930, en cuanto a su riqueza y direccionamiento de la posición privilegiada que tenía hasta ese entonces. Sin embargo, el autor ha defendido la tesis de que los hijos de las familias que detentaban el poder político y económico nunca se prepararon para ejercer dicho poder y continuar los negocios de sus padres, ya que como una forma patriarcal (señorial en el sentido de manejar los asuntos públicos y privados), el padre delegaba en sus hijos mayores la orientación de los negocios y en sus hijas los asuntos pensados.

Este tipo de hechos generan una situación sobre las relaciones internas que se dan en toda institución, bien sea académica,

Este acápite no debe separarse totalmente del contexto de relaciones señoriales, ya que el afán de la riqueza es una característica alabada por los numerosos escritores que han hecho referencia de los antioqueños y se halla vinculado a una estructura de poder con fuertes rasgos de tipo patriarcal, entre los cuales se destacan el valor de los apellidos, el sostenimiento del mando amparado por el poder religioso, el aval moral de la riqueza, la sabiduría vinculada a los ancestros de quienes se hereda.

comercial o industrial, como intereses de poder y ello conlleva que estas instituciones en muchos de los casos no sean competitivas, frente a la toma de decisiones y al manejo que se dan en ellas (procesos de despotismo y nepotismo) o el simple hecho de negar oportunidades a personas con mayor experiencia o capacidad de trabajo por no poseer los apellidos tradicionales.

El imaginario de la conquista de riquezas

Este acápite no debe separarse totalmente del contexto de relaciones señoriales, ya que el afán de la riqueza es una característica alabada por los numerosos escritores que han hecho referencia de los antioqueños y se halla vinculado a una estructura de poder con fuertes rasgos de tipo patriarcal, entre los cuales se destacan el valor de los apellidos, el sostenimiento del mando amparado por el poder religioso, el aval moral de la riqueza, la sabiduría vinculada a los ancestros de quienes se hereda.

Sumado a lo anterior, los sueños de El Dorado o del tesoro del cacique Pipintá seguían vigentes y de vez en cuando se reavivaban, alimentados con los descubrimientos de guacas con oro que algunos guaqueros y aventureros relataban de sus hazañas de las tierras del sur. El sur (hoy departamento del Quindío) comenzó poco a poco a ser un nuevo sueño, una quimera que tomó forma a medida que se



alimentaba con aventuras de tierras extensas, llenas de grandes tesoros ocultos, de enormes animales, de ríos caudalosos, en fin era la nueva tierra prometida donde cualquier hombre podía hacerse rico y comienza a marcarse esa característica del paisa de ser ambicioso, con el imaginario de la conquista de riquezas, de pioneros en busca de fortuna.

El ethos antioqueño, que en sus comienzos estuvo dentro de la privación y la pobreza de estilo franciscano, al soñar con la riqueza marco sin duda alguna su naturaleza, esa característica por el afán de poseer bienes para marcar la diferencia con los demás. El poseer la parcela de tierra fue el primer motor que llevó a cientos de personas a lanzarse a abrir selva, para cumplir con este sueño. Lógicamente, detrás de ellas, muchos comerciantes, aventureros y empresarios aprovecharon el momento, junto con ardidés judiciales, para arrebatar el sueño a estos cientos de pobres y miserables colonos, que con su esfuerzo personal y familiar anhelaban tener “su tierrita” y así se abona el terreno para la gran propiedad. Esa era la constante.

Se preparó así un ambiente adecuado no sólo para la colonización sino para el impulso de relaciones de producción y mercado. Hacia 1850, en la zona central de la cordillera y especialmente en Manizales, se da un fenómeno de concentración de la propiedad a partir de empresarios foráneos, y a su vez una

monopolización debido al enriquecimiento de antiguos colonos o de sus descendientes. Al revisar los cuadros y reportes de historiadores sobre este fenómeno, se puede deducir cómo en Manizales una parte de los fundadores se transforma en un grupo empresarial y constituyen compañías que especulan con lotes, asociándose con personas de otras regiones de Antioquia, en especial de Medellín, para dedicarse a operaciones de compraventa de los territorios baldíos que aún quedaban en la región.

Pero en el pueblo raso, de peones desarraigados, colonos frustrados, aventureros y vagos, testigos de la riqueza de unos pocos, la idea de la riqueza fácil aún rondaba en sus cabezas, y con la llegada de noticias sobre las fabulosas riquezas de las guacas del Quindío y alimentadas con la fábulas del Dorado, el afán de enriquecimiento rápido no se hizo esperar.

De hecho, vale la pena revisar qué tipo de imaginarios o representaciones colectivas se generaron durante décadas, auscultar con mayor integridad la génesis de este grupo y reevaluar ciertas ideas que han tomado forma y se mantienen como mitos, como algunas de las cualidades anteriormente descritas, muchas de las cuales son más producto de fantasías, de querer demostrar cierta superioridad sobre otros grupos.

La colonización produjo también, y desde sus comienzos, fir-

mes procesos de diferenciación de clases, donde unos terminaban trabajando para otros, máxime cuando las tierras disponibles se iban agotando y los más pobres o no las podían encontrar o carecían de los recursos para comprar las herramientas y provisiones que requerían para sobrevivir mientras la tierra empezaba a producir. La colonización de los propietarios es pues sólo una leyenda.

En ese sentido operó también el capital comercial que durante casi todo el siglo XIX fue la forma dominante. La diferenciación social tendía a estratificar la comunidad. El capital comercial, al apropiarse de un excedente creciente originado en el campesino o en la minería, fue la base de la fortuna de riquísimas familias de Antioquia, Caldas, Risaralda o Quindío, pero entorpeció la reproducción del sistema porque orientaba la capitalización personal en un sentido no productivo.

La relación colono-campesino, un imaginario por construir

En las regiones de frontera, donde la visión tradicional de la división del trabajo por género se veía debilitada por el proceso constante de reubicación que les exigía rehacer sus vidas, las mujeres adquirieron nuevos roles y oportunidades dentro y fuera del hogar. Las regiones en las que las mujeres y los jóvenes se atrevieron a desafiar el control patriarcal se vieron afec-

tadas por una violencia fratricida y por los conflictos sexuales.

La población migrante provenía de municipios con características eminentemente rurales. Esta población es en apariencia homogénea, pero en realidad altamente estratificada y segmentada en su interior. La población migrante fue conformada por campesinos minifundistas, aparceros, jornaleros, campesinos-comerciantes y comerciantes. Todos, tan escasos de fortuna que los más afortunados traían alpargatas y la mayoría estaban descalzos. No obstante la heterogeneidad presente entre los migrantes, desde el punto de vista sociocultural, se pueden caracterizar en la categoría de campesinos.

Si bien las descripciones coinciden en que casi todos se dedicaban a la agricultura, no todos lo hacían en las mismas circunstancias. Podemos dividir este grupo entre grandes propietarios de tierras o hacendados, pequeños propietarios, denominados en los censos labradores o estancieros y los pobladores sin tierra, que con las modalidades de “mercenario, agregado o jornalero” trabajaban en las tierras de otros. La motivación de realización es un valor social que pone de relieve un deseo de excelencia para obtener una sensación de hazaña personal. También se le ha llamado necesidad de realización.

En los estudios antropológicos y sociológicos se representa al campesino colombiano típico

como poseedor de una perspectiva fatalista de la vida, y de una escasa motivación de realización.

“La resignación, la docilidad y el fatalismo fueron el resultado natural de las condiciones rígidas, inflexibles, establecidas durante la Colonia”.

Como lo afirmaba Fals Borda (1955), quien agrega que los bajos niveles de aspiración pueden ser convenientes para los campesinos cuyas oportunidades han estado históricamente muy limitadas.

La exposición de Roger y Svenning (1973) acerca de los campesinos, ayuda a reivindicar el pensamiento campesino de los primeros migrantes antioqueños a estas tierras. De acuerdo con Cardona y Bonnet Patiño, ambos historiadores, y en razón de la información obtenida de los diferentes entrevistados junto con la información de Escobar, esta caracterización ayuda a comprender la formación del ethos antioqueño en estas tierras del Eje Cafetero. A pesar de lo considerado por algunos economistas clásicos, los viejos campesinos no actúan con la misma lógica y racionalidad de los agricultores capitalistas, es decir, no son maximizadores de beneficios, no adecuan sus medios para incrementar la rentabilidad, pues de lo contrario se les reduciría a meros agentes económicos que actúan en consonancia con las leyes del mercado.

Como lo afirmaba Fals Borda (1955), quien agrega que los bajos niveles de aspiración pueden ser convenientes para los campesinos cuyas oportunidades han estado históricamente muy limitadas.



El campesino, pese a que está inmerso en una economía monetaria, no maneja una empresa en el sentido económico; dirige una unidad familiar de trabajo y consumo, no un negocio; produce en esencia valores de uso –bienes– para satisfacer sus necesidades inmediatas, y cuando le es posible, o lo que produce no es de consumo directo, lo intercambia en los mercados locales y regionales por otros valores de uso, a través de las transacciones en dinero. En este caso, el dinero cumple una función de intermediación, en la circulación de mercancías, y no de capital, como ocurre en la empresa capitalista (Roger y Svenning 1973).

Otra forma a través de la cual los campesinos de hoy se articulan a los mercados es mediante la venta de su fuerza de trabajo dentro de la misma agricultura o hacia otros sectores de la economía. En esa época, la venta de fuerza de trabajo era mínima, predominando el intercambio de jornales en la forma conocida como “mano prestada” o convite. Si los campesinos actúan en consecuencia con lo antes expuesto, surge el siguiente interrogante: ¿Cómo muchos de los campesinos paisas que vinieron a Caldas lograron acumular capital, y pudieron convertirse en campesinos ricos o prósperos empresarios?

La aquí denominada “ética del trabajo duro” no explica el éxito económico, pero sí se considera un

valor que subyace en la motivación de “salir adelante”.

Otro elemento que sirve para caracterizar al campesino es la división y especialización del trabajo. En las sociedades campesinas se reduce a una división por sexo y por edades, dependiendo de la región del país y del grado de articulación a los mercados. Un campesino tradicional puede realizar muchas tareas: cultivar las plantas, cuidar los animales, comercializar los productos, entre otros. Lo que la Antropología Económica llama pluriactividad.

Se debe considerar como un elemento importante de la cultura campesina las relaciones asimétricas que mantenían con otros grupos, expresadas en subordinación a través de los fondos de renta, que no sólo se transfieren a la sociedad mayor sino que pueden ser apropiados por otros grupos que coexisten en el campo –campesinos ricos, comerciantes, agiotistas–. En el caso de los migrantes antioqueños, buena parte del trabajo de los campesinos con menos visión del negocio agrícola fue apropiado por sus coterráneos, parientes o amigos.

Esta subordinación no fue sólo económica, también tiene su expresión en el manejo del poder político a través de los fenómenos conocidos en Colombia como el gamonalismo (caciquismo, en España) y el clientelismo. En la esfera política, el campesino está subordinado al gamonal de la región o del pueblo.

A pesar de la lucha por la tierra entre los grandes terratenientes, los empresarios agrícolas y las empresas dueñas de las concesiones, un hecho ayudó a que los campesinos que tenían en mente ser propietarios lo pudieran ser y fue el cultivo del café. Este cultivo permitió que pequeños campesinos se fueran metiendo entre los intersticios de la lucha por la tierra y se incorporaran a la economía cafetera nacional.

Esto generó democracia: los campesinos se hicieron propietarios de sus tierras, ya que muchas de ellas estaban ubicadas en cañones, montañas y terrenos que no generaban la ambición y la apropiación por parte de las concesionarias o los grandes terratenientes, ya que el cultivo del café se daba en forma óptima en dichos terrenos. Además, les permitía a estos campesinos obtener recursos monetarios, sin necesidad de vender su mano de obra o arrendarse a los grandes propietarios.

Como el caso de Fermín López, personaje que representa al campesino, al colono y al empresario emprendedor, luchador, terco y osado, amante de la tierra y de su familia, perseguido por la justicia y por los terratenientes acaparadores de tierras baldías. Es la figura típica de un hombre que vivió a plenitud una época de movimientos y sinsabores alrededor de una vasta y selvática tierra que se abrió a punta de hacha y machete frente al arrollador avance de los antioqueños.

Además, las élites dominantes en Antioquia crearon, a partir de elementos culturales campesinos, una visión de su mundo regional: montañero, libre, independiente, altivo, frugal, laborioso y pragmático, sectarista político (con una profunda interiorización de realización personal aunada a valores y fundamentalismos religiosos, con el consiguiente reforzamiento de la familia nuclear y una mentalidad conservadora o tradicional).

Dinámica colonizadora

Para entender la complejidad de este tipo de conflictos basta señalar la pluralidad de relaciones sociales en estas sociedades multiétnicas. Entre las provincias existían diferencias en la estructura social que marcaba importantes variaciones de una provincia a otra. En las haciendas del Cauca grande tuvieron mano de obra indígena y esclava. Mantuvieron relaciones complejas y difíciles con las comunidades indígenas, que debido a una resistencia secular y a reagrupaciones de los grupos de la cordillera Central, lograron escapar a una sujeción permanente. Por eso, durante el siglo XVIII y gran parte del XIX, las haciendas de esta parte debieron echar mano tanto del trabajo esclavo como del trabajo indígena, así como el de las manos de los colonos paisas que llegaron posteriormente.

En el Gran Cauca, y en especial en el Valle, debido a la

escasez de población indígena en la banda más ancha del río, la forma de apropiación de la tierra para propietarios individuales sólo había encontrado como límites los obstáculos geográficos naturales. Como ya lo había señalado Germán Colmenares (1986), durante el siglo XVIII el surgimiento de haciendas como unidades productivas más racionales y basadas en el trabajo esclavo fue paralelo con formas de poblamiento sui géneris, a veces en las márgenes, a veces en el corazón mismo de las haciendas.

La política, y la sociedad: el discurso, los partidos en la colonización antioqueña

El conjunto de formas del quehacer político en Colombia del siglo XIX, en la zona de influencia antioqueña, tiene que ver con varios trasfondos en el largo plazo, al confrontarse con procesos sociales desencadenados a partir de ese siglo y el siguiente, hasta el presente. Se pueden analizar en dos momentos:

El primero es la manera como se pobló el país y se organizó la estructura económica y social, desde los tiempos de la Colonia española, y cómo se crearon las bases de un problema agrario, que hasta la fecha permanece sin solución.

El segundo es la permanencia de este problema campesino, que obedece en buena parte a la manera como se construyó el Estado colombiano, a partir de la configuración política de la Colonia, y la

El primero es la manera como se pobló el país y se organizó la estructura económica y social, desde los tiempos de la Colonia española, y cómo se crearon las bases de un problema agrario, que hasta la fecha permanece sin solución.



manera como fracasaron, al menos en parte, los diversos intentos de crear un Estado moderno. Esta incapacidad se expresa en la dificultad para construir estructuras políticas que permitan expresar los cambios recientes de la sociedad colombiana y los problemas sempiternos del mundo campesino, sobre todo en las zonas de colonización marginal.

La estructura de la propiedad de la tierra, producto del desarrollo del sistema colonial de encomiendas y haciendas, junto con el sistema de castas que regulaba la sociedad colonial, produjo una gran concentración de las tierras en torno a las ciudades y una población mestiza sin lugar definido en la jerarquía social. La combinación de estos desarrollos generó un rasgo que caracteriza la historia colombiana desde entonces hasta nuestros días: un proceso de colonización campesina permanente, desde la segunda mitad del siglo XVIII, donde no se da ninguna regulación ni acompañamiento por parte del Estado, sino que la organización de la convivencia social y ciudadana queda abandonada al libre juego de la iniciativa de personas y grupos.

Esta estructura continúa hoy expulsando campesinos a las ciudades y a nuevas áreas de colonización, cada vez más marginales. Además, la colonización permanente evidencia que desde los tiempos coloniales no era tan omnipotente el control que las haciendas, las estructuras de poder de los pueblos rurales y

del clero católico ejercían sobre la población rural. Muestra también que, desde la segunda mitad del siglo XVIII, se habían roto ya los vínculos de control y de solidaridad internas de las comunidades rurales, campesinas o indígenas, como lo evidencian los informes de Moreno y Escandón (1772). Este rasgo va a diferenciar también a la futura Colombia frente a la evolución histórica de otros países de Hispanoamérica como México, Perú, Bolivia y Ecuador.

Esta diferenciación tiene además consecuencias sociales, pues la contraposición entre colonización campesina, espontánea y aluvional, y la estructura latifundista, tradicional o empresarial, se refleja en dos tipos diferentes de adscripción política y de cohesión social, que tienen consecuencias para las futuras opciones violentas. Una es la cohesión y jerarquía sociales en las zonas donde predominó la hacienda colonial con su estructura complementaria de minifundio y mano de obra dependiente (aparceros y peones de zonas donde fueron antes muy importantes las encomiendas y los resguardos indígenas) y los pueblos organizados jerárquicamente, desde los primeros años de la Colonia, en torno a los notables locales y sus respectivas clientelas.

Sobre estos diferentes estilos de cohesión social se van a construir formas diversas de adscripción política: en las áreas de colonización marginal, la población estará más

disponible a nuevos discursos y mensajes, políticos, culturales o religiosos. Hay que notar que, en las regiones de la llamada colonización antioqueña, se dan formas de colonización que varían en el espacio y el tiempo: en las primeras etapas se produce un trasplante de las estructuras jerarquizadas y patriarcales de los pueblos de origen (casi siempre del Centro-Oriente antioqueño). Pero, en las etapas posteriores, en regiones más marginales, surge otro estilo de colonización, más espontáneo, más libertario, casi anarquista.

Imaginario sobre la religión: el fundamentalismo paisa: una cruzada de fe y política

Al revisar las diferentes entrevistas y en las distintas visitas por las poblaciones del Occidente de Caldas, se encuentra una caracterización más notable por la religiosidad de los paisas. Allí se dio un fenómeno muy interesante, donde ellos mostraron una faceta que no se dio en otras regiones. Aquí *“los paisas han conservado su pureza primigenia, como producto de su hostilidad con el medio que los ha vuelto huraños, amén de su endogamia, la rigidez de sus principios religiosos y una cerrada estructura familiar que no permite el acceso de foráneos”* (Cardona, s.f.) y que fueron asentándose en las veredas de Oro, Llanogrande, Cambía y El Rosario, cerca de la población de Ríosucio, a partir de 1808, e incrementándose el número de familias paisas desde

En la zona de occidente, el fundamentalismo religioso de los paisas mostró diferentes facetas, en las que numerosos representantes de la Iglesia hicieron gala de conductas y actos de exceso en la aplicación de la ley y el fomento del cristianismo, generando situaciones que a la luz de hoy, son muestra de intolerancia y fanatismo.

1865. Estas veredas en el siglo XX, a partir de la década de los años 50 y 60, se conocieron como la *Cortina de Hierro de Riosucio*.

En la zona de occidente, el fundamentalismo religioso de los paisas mostró diferentes facetas, en las que numerosos representantes de la Iglesia hicieron gala de conductas y actos de exceso en la aplicación de la ley y el fomento del cristianismo, generando situaciones que a la luz de hoy, son muestra de intolerancia y fanatismo.

La invisibilidad del caucano

Al revisar la historia de la colonización antioqueña, es importante reconocer que el proceso de identidad del antioqueño se debió en buena parte a su confrontación con el caucano. La historia oficial desconoce el papel protagónico de los caucanos frente al proceso de colonización, y sólo aparecen dentro de las acciones bélicas como un elemento desestabilizador, herético y con ciertas connotaciones raciales.

Pero así como esta leyenda rosa, se mantuvo, había una leyenda negra que hacía referencia a las cuestiones económicas, culturales y territoriales del avance de los antioqueños, o más bien de la invasión de estos sobre el territorio caucano. Se funda el proceso avasallador y de “blanqueamiento” de los avariciosos paisas que trataban a las personas de los asentamientos o poblaciones antiguas como vasallos o como víctimas pasivas.

Hay muchos relatos en los cuales se cuenta cómo fueron las asonadas en diferentes regiones contra los caucanos, cuando los paisas tomaron impulso en el dominio de la tierra cesando las prácticas de invisibilidad a mediados de 1900. La práctica del blanqueamiento, enfatizado por los antioqueños y sumado a que el Cauca estaba en un estado de postración económica, política, social y cultural, facilitó la hegemonía paisa, su reputación de buenos comerciantes y tener una familia patriarcal y su fuerza y mística religiosa ayudaron a obtener ventajas territoriales y políticas.

El imaginario caucano

El Estado del Cauca, a raíz de las diferentes guerras civiles del siglo XIX, muchas de las cuales se originaron en sus tierras, cuyos dirigentes participaron en la lucha por diferencias políticas, fue construyendo un imaginario de carácter militarista o guerrerista, y en algunos momentos se les relacionó con rasgos de violencia y crueldad.

El sentido de identidad de lo antioqueño

Para mediados del siglo XIX algunos escritores de la época empezaron a alabar las singularidades, virtudes y pecados de los antioqueños. También, comienza a forjarse la leyenda épica y rosada del colonizador sobre su lucha contra la selva, contra la adversidad y la busca insaciable de tierra, oro, caucho y

paz, y se puede afirmar que el manejo de la predominancia blanca, que desconoce el papel jugado por indígenas, negros y mestizos, va tomando carácter, “el lavado de sangre” de varias familias que a través del negocio de las ventas de las tierras buscan tener un poder y un estatus social y la formalización de una violencia sobre los colonos más pobres se endurece.

Las autoridades caucanas hablan de “la raza antioqueña”, como grupo pujante, progresista y laborioso, con espíritu de trabajo y disciplina, con una moral pura y católica que debía hacer frente a los ateos y liberales. Esto fue dirigido a los colonizadores que vieron que su trabajo era como una especie de cruzada contra los caucanos a los que se consideraba flojos, ateos, liberales y negros. Se invitaba a los colonos a conquistar las crestas de las cordilleras, por ser tierras fértiles, por su abundancia de riquezas y sus cosechas exuberantes.

Hasta mediados de 1880, surgen cuatro características importantes del pueblo antioqueño en su proceso de colonización, que son consecuencia de ese imaginario señorial y que con los nuevos acontecimientos y la apertura de nuevas tierras, mano de obra para seguir explotando y las nuevas formas económicas capitalistas dan un nuevo sentir y pensar de estas gentes. La primera característica es el fervor religioso, dado por los avatares históricos de persecución

de los judíos y su salida de España en 1492. Aquellos que lograron llegar a América buscaron un lugar donde pudieran estar tranquilos y lejos de las autoridades y de la Inquisición (en Colombia, buscaron estar lejos de las ciudades de Cartagena y Popayán), y como fórmula salvadora decidieron mostrar que eran más católicos que los demás, desarrollando una devoción casi mística, de allí que los antioqueños sean considerados un pueblo más católico y a su vez más conservador que los del resto de las regiones colombianas.

Se deriva la segunda característica, la filiación política. Ya desde los momentos precedentes de la independencia, las clases altas y sus dirigentes se mostraron partidarios de las ideas de Simón Bolívar, aunque entre el pueblo y algunas familias mostraron tendencias antibolivaristas pero no se adhirió

ron a las de Santander, que era el oponente al Libertador.

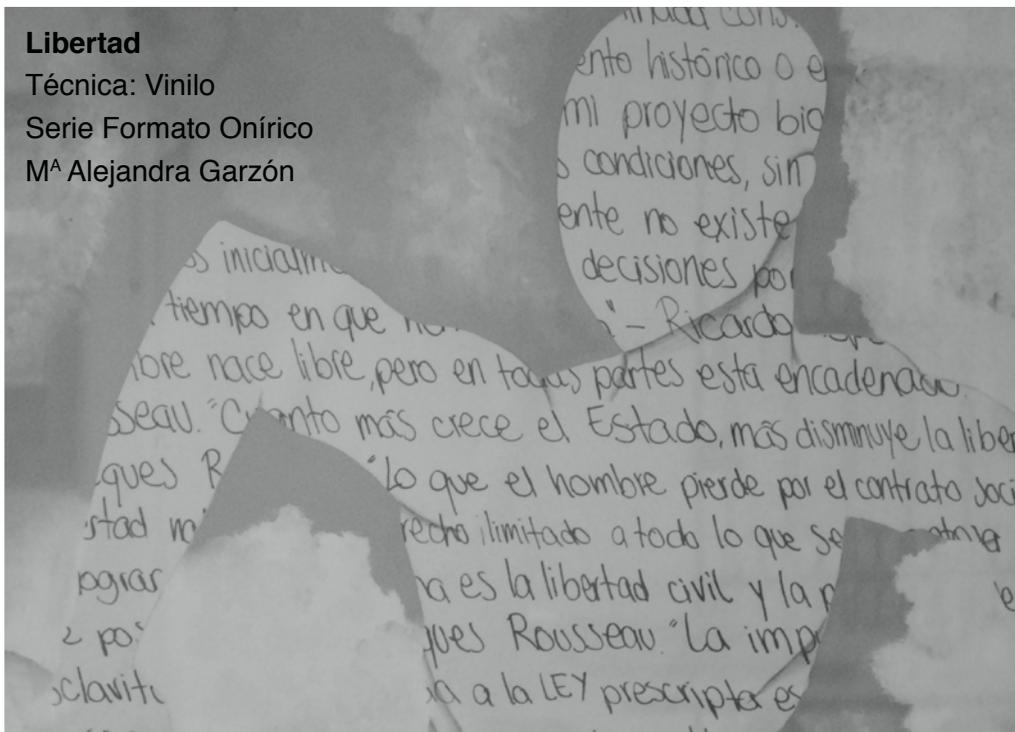
La tercera característica se refiere a lo militar. El antioqueño tiene una tendencia a ser belicoso pero en su territorio y en la defensa de ese territorio. Así se ve en el transcurso de las campañas militares del siglo XIX, donde fue más efectivo en la defensa, posicionamiento y diplomacia, que en aquellas campañas donde estuvo a la ofensiva y fracasó frente a generales troperos y muy experimentados en las luchas civiles como Mosquera o tuvo que someterse por compromisos de alianzas que los arrastraron a mantener guerras que les causaron pérdidas materiales y humanas. Sin embargo, y especialmente entre los períodos de 1860 a 1886, la colonización de la zona de Manizales tuvo un carácter estratégico, que convirtió a la ciudad en un baluarte para frenar el avance caucano, y desde

Libertad

Técnica: Vinilo

Serie Formato Onírico

M^a Alejandra Garzón



allí también dirigir avanzadas de colonizadores o de ejércitos sobre lo que hoy es Risaralda, Quindío y el norte del Valle.

Una cuarta y última característica era su patriarcalidad, incentivada por la Iglesia y las autoridades civiles y militares en un afán por aumentar la población para que fueran colonizando las nuevas tierras. Ya se ha mencionado cómo las políticas de donar tierras se relacionaban con el número de hijos de las familias. Esto ayudaba a crear nuevos clanes o familias, cuya figura importante era la paterna, que dirigía, organizaba y distribuía la hacienda de los nuevos territorios y de las nuevas poblaciones que se fueron fundando.

Esta cruzada debía mantener rasgos muy característicos del grupo dominador, que era el blanco, y se dedicó invisibilidad a grupos como los indígenas, los negros y los caucanos, a imponer leyes estrictas sobre vagos y prostitutas y a glorificar la imagen de la mujer, aunado a su sentido de raza especial con procesos de blanqueamiento y con atributos que garantizaban su sentido de identidad y su misión de doblegar la selva.

Aquí vale la pena reflexionar un aspecto importante sobre la etnicidad, porque es cuando el paisa (antioqueño), como grupo empieza a sentirse diferente y con superioridad sobre los demás grupos regionales de ese momento histórico. Como colectivo humano

poseía ya una serie de características que en lo económico, institucional y cultural, marcaban diferencias significativas con respecto a otros grupos como los caucanos, entre otros. Estas características se fueron fortaleciendo y haciéndose más significativas a medida que el proceso de colonización tomaba unas connotaciones épicas, de heroicidad, sacrificio y magnificencia, que este mismo grupo se encargó de propagar y los medios de difusión y escritores se cuidaron de aumentar.

El proceso de blanqueamiento

En el análisis de las influencias culturales que marcaron la ciudad de Manizales de principios del siglo XX, y que seguramente aún la marcan, podría jugar un papel más importante que el que normalmente se le otorga el sentimiento generalizado de que aquí se asentó una “raza especial”, tanto que, inclusive, hay quienes dicen que un manizaleño es un “antioqueño mejorado”, o “un antioqueño educado en Popayán”, lo cual ya es mucho decir, si se tiene en cuenta que muchos de los habitantes de Antioquia se consideran como representantes de “la mejor de las razas” que habitan en Colombia.

Los debates a este respecto tuvieron siempre una característica: todos sus actores, con independencia de dónde ubicaran los ancestros, partieron de dar como un hecho incontrovertible la existencia de

“razas humanas”, las cuales explicaban el infortunio o la fortuna de los pueblos. En Antioquia y en Caldas se discutió –y aún se discute– si se viene de judíos o de vascos, pero nunca se puso en duda que poco o nada se tenía que ver con negros e indígenas, a los cuales cuando mucho se les reconoció la posesión de un alma como la de los “blancos”, además de no pocas imperfecciones y defectos, que a través de la búsqueda de genealogías con parientes remotos pero hidalgos, proceso de blanqueamiento para sacar las impurezas y desvaríos de parientes lejanos con atractivas y hermosas morenas que iban de pueblo en pueblo y ofrecían sus servicios y simplemente trabajaban para su sustento en las fondas camineras.

Esto creó, entre los colonizadores del nuevo departamento, un sentimiento que buscaba un sentido de identidad, ya que Antioquia, por manejos políticos, se había convertido en una madre que abandonaba a sus hijos. Además, la nueva clase manizalita, pudiente y mucho más adinerada que la de Medellín, decidió generar y crear una quimera sobre su identidad, reconociendo que había diferencias con el paisa antioqueño.

El imaginario patriarcal (pater familias)

En cuanto a la categoría de género, ha sido clave para discutir con los planteamientos de carácter determinista y esencialista que han



pretendido ubicar en la “naturaleza” de las mujeres su destino de subordinación y opresión. En este sentido, mucho antes ya las feministas desde diversas disciplinas, como la antropología, la sociología y la psicología, habían trabajado el concepto de patriarcado como una noción que se refiere a la relación social y sexual, constituido como sistema político, social, económico y cultural, que expresa las relaciones de asimetría entre mujeres y hombres, y en el cual el varón ha mantenido un poder de dominación, ha sido, el “opresor o dominador”.

Las concepciones que portan tanto la Iglesia como la familia, en tanto instituciones socializadoras de mucho poder en el siglo XIX, despliegan de manera profusa argumentos de carácter naturalista y esencialista para justificar la necesidad del mantenimiento del matrimonio monogámico, católico, como el modelo a seguir por las mujeres; esta idea tuvo una divulgación constante y se encuentra en la mayoría de los documentos estudiados en el período.

Asimismo, junto a esta idea, se difunde una concepción de los «deberes naturales» de las mujeres, entre los cuales el ser madre y esposa son los centrales.

Tomando las ideas de Isidoro Moreno en el aspecto identitario, en relación con el género, es necesario resaltar un factor extraordinario que tuvo la mujer para el desem-

peño de la jornada iniciada por los antioqueños. La investigación arroja un dato interesante como es el amor al riesgo, que se creía unido solamente al género masculino, ya que la mayoría de los estudios sólo idealizan el papel protagonista del hombre y dejan a la mujer en su rol reproductivo.

¿Cómo se puede explicar esto?

Al observar el papel de la mujer en la esfera reproductiva, desde cuando se iniciaron los primeros movimientos migratorios, y ante la urgencia de mano de obra para despejar y cultivar la tierra, los peones por la presión social del momento necesitaban adquirir cierto estatus, definir su futuro y para ello buscaban mujeres solteras y deseosas de huir de la monotonía de sus vidas familiares.

Sin embargo, en la historia oficial existen pocos relatos sobre situaciones particulares de la condición femenina. En busca de datos y en entrevista con historiadores como es el caso de Alfredo Cardona, en muchas de las poblaciones la mujer casada permanecía en su casa cumpliendo con las tareas de crianza y mantenimiento del hogar y el hombre se dedicaba a los negocios y a la vida pública.

Sin embargo, con frecuencia, en las afueras de la población o en la finca, el hombre mantenía a otra mujer con sus hijos. Esto dio origen a una cantidad de personas con iguales apellidos, sólo que unos eran legítimos y los otros eran lla-

Asimismo, junto a esta idea, se difunde una concepción de los «deberes naturales» de las mujeres, entre los cuales el ser madre y esposa son los centrales.

La abundancia de prole, que otorgaba a la mujer una imagen de matrona fecunda, tuvo relación con políticas aplicadas por los estados de Antioquia y del Cauca, que concedieron incentivos para las familias numerosas.

mados *hijos naturales*. También, en las épocas de guerra y del proceso de exploración a nuevos terrenos, el marido dejaba a su mujer y a sus hijos, y se alejaba por largos períodos, lo cual dejaba a la mujer en un estado de incertidumbre y de debilidad económica, que fue aprovechado por peones y hombres andariegos, entre otros, para dejar preñadas a cientos de mujeres y gozar de un relativo pero seguro solaz de comodidad y seguridad.

Resulta también significativo que se hable de un rechazo hacia esos *hijos naturales* y hacia las madres solteras, que eran condenadas por la familia o por la sociedad si eran de clase media o alta, pues el número de hijos naturales era muy superior al de los legítimos.

Debió haber existido una aceptación tácita de esta práctica y el hombre debía asumir su obligación en forma discreta, pues no se encontraron crímenes o muertes por causa pasional en la zona rural, en los registros judiciales de la ciudad de Manizales (Archivo municipal). La regulación se ejercía por medio de las leyes del honor, pues la reputación era relevante en un entorno todavía pequeño que hacía que los juicios morales fueran muy eficaces.

La mujer buscó la forma de liberarse sutilmente de un yugo patriarcal, aunque debieron pagar a veces su osadía y fueron víctimas de violencia por parte de sus hermanos que se encargaban de vengar los conflictos sexuales. El

honor familiar estaba relacionado estrechamente con la fidelidad de las esposas, de manera que su infidelidad era en ocasiones una invención de muchos maridos que buscaban ocultar el abandono a que las tenían sometidas o sus propios concubinatos.

La abundancia de prole, que otorgaba a la mujer una imagen de matrona fecunda, tuvo relación con políticas aplicadas por los estados de Antioquia y del Cauca, que concedieron incentivos para las familias numerosas.

Con respecto a la estructura familiar, en este período hay que tener en cuenta que el proceso lento y prolongado de mestizaje registrado durante los trescientos nueve años de vida colonial hizo convivir distintas formas de organización familiar que fueron imbricándose con la exigencia, por parte de la Iglesia, de la constitución de matrimonios monogámicos. Esta estructura familiar era diversa y estaba atravesada también por las condiciones sociales y económicas, así como por las prácticas culturales aportadas por los grupos indígenas y los grupos negros.

Es importante señalar que aunque la familia era la gran portadora de valores, era la mujer, en su rol de madre, esposa, hermana y maestra de sus hijos, el elemento en torno al cual se cohesionaba aquella. El **ámbito doméstico era impensable sin la mujer**. Como ella no tenía educación y la vida claustral de



nuestras ciudades no permitía otro tipo de actividades gratificantes, para ella el matrimonio lo era todo; asumía el rol doméstico y controlaba por completo todo lo interno de la casa: servidumbre, comidas, vestuario de los hijos pequeños, y los más mínimos detalles.

Matrimonio e iglesia

De esa época, rescato este párrafo que muestra cómo debía ser la mujer así: “Estas devociones tenían en Antioquia un sello femenino: la figura de la madre y de la abuela. La moral arrinconaba a la madre en las paredes del hogar. Las señoras de verdad no salen de sus casas, y las abuelas rodeaban a sus nietos de murallas que impidieran ver la maldad del mundo. De este modo, las prácticas religiosas de las mujeres eran más intensas que las de los hombres. Y aparecía la mujer, esposa y madre, como el principal soporte del catolicismo en el siglo XIX”..

Para mantener dicho modelo, era necesario el papel de una poderosa institución como la Iglesia Católica y como *credo religioso tuvo la mayor preponderancia*, ésta no se vio opacada luego de la Independencia. Por el contrario, mantuvo su poder y hegemonía a lo largo del siglo XIX. Tal poder fue abiertamente controvertido en la mitad del siglo con la irrupción del ideario liberal, acompañado de medidas que afectaron directamente

los intereses económicos de esta institución.

Caldas y su proceso de mestizaje cultural

Su expresión de identidad es necesario buscarla, con toda la complejidad que implica, en lo antioqueño o lo caucano, lo pre y lo poscaldense. Esto no quiere decir que lo caldense sea hoy una simple prolongación de tales pasados o una suma de factores o rasgos culturales provenientes de tales matrices.

Lo primero es partir de Caldas como una realidad histórica y cultural específica, susceptible de reafirmarse históricamente como tal a partir de su configuración como departamento. En esta perspectiva lo caldense está dado al menos virtualmente y como opción cultural particular, en términos de la capacidad de asimilación de diversos ancestros y contextos culturales, que le dan su propia caracterización e identidad.

La Conquista y la Colonia hispanas y luego durante la República, la influencia caucana y la colonización antioqueña que allí irrumpen, con diversos matices y procesos de trasculturación, deculturación y aculturación, dinamizan y enriquecen procesos de hibridación y mestización cultural, bien complejos y de difícil caracterización e interpretación en la actualidad.

En Caldas, los procesos de hibridación y/o mestización se dan en torno al modernismo y la macro-

cultura capitalista, con lo cual no pareciera consolidarse un proceso de mestización cultural auténtico, sino un proceso de hibridación cultural, que podríamos llamar posmoderno.

La cultura cafetera (esta cultura es sinónimo de caldense o más bien hace referencia al concepto de “culturas del trabajo”) es profundamente racista y discriminatoria, Esto implica el refuerzo de la desconexión y la fragmentación cultural impuesta por factores exógenos provenientes de los centros de poder dinámicos del capitalismo internacional y que en forma progresiva impedirían una construcción cultural propiamente caldense. En esta búsqueda del eslabón perdido de lo caldense, pasarán años antes de encontrar algún acuerdo entre los caldenses, pero un hecho es que la realidad camina y si no se hace el camino, parodiando a Machado, otras realidades socio-políticas, económicas y regionales, nacionales e internacionales, ya lo están demarcando.

Partiendo pues de todo lo anterior, se encontró que los imaginarios a través de lo simbólico construyeron el hilo que teje su trama, en donde pueden aprehenderse los modos colectivos del imaginario social que estructuran los aspectos afectivos de la vida colectiva por medio de una red de significaciones, vale decir, de una producción colectiva de sentido, que da cohesión a los grupos sociales, pues al proveer de un sistema de interpretaciones,

pero, también de valoraciones, provocan una adhesión afectiva, capaz de moldear conductas o inspira la acción, que se han gestado con esta historia de la colonización y que en consecuencia han alimentado la dinámica y forjado una aura de ensoñación y de gesta; que a través del papel de un hombre recio, blanco, amante de la ley y de Dios que como símbolo cumple en el proceso de construcción de una identidad colectiva sobre la antioqueñidad, la cual crea una serie de procesos sociales que tienen que ver con la familia, la religión y la lucha contra los caucanos que llevó a procesos de fundamentalismo religioso; un campesinado motivado por una realización personal y de luchas por la tierra. Destacar el papel activo de la mujer, que aunque soportó la patriarcalidad inflexible y autoritaria logró crear un espacio de reivindicación de lo femenino, mantener un mito de la dualidad de la mujer-madre, conservar y difundir una moral flexible pero doble, y fortalecer el papel de la matrona como ente aglutinador de la familia.

Bibliografía

- Auge, Marc. *Las formas del olvido*. Barcelona: Ed. Gedisa 1998
- Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. 1979-1991
- Beriain, Josetxo; Lanceros, Patxi. Compiladores. *Identidades Culturales*. Universidad de Deusto. Bilbao: Artes gráficas Rontegui S.A.L. 1996.
- Beriain, Josetxo. *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Serie Autores, textos y temas. Hermeneusis No. 8 Barcelona: Anthropros. 1993.
- Cardona Tobón, Alfredo. *Indios, curas y maiceros*. Manizales. Hoyos editores. 2004
- _____. *Quinchía mestizo*. Pereira: Gobernación de Risaralda 1989.
- _____. *Registros de Historia*. Año 2 No. 3. Octubre de 1988
- _____. *Registros de Historia*. Año 3 No. 4. Mayo 1989
- _____. «Las viejas aldeas de Riosucio» *Registros de Historia* julio 1990.
- Durand, Gilbert. *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Taurus ediciones. 1981
- _____. Centre de recherche sur l'imaginaire, Greco, CNRS. 1983
- _____. «Structures et récurrences de l'imaginaire» En *Histoire et imaginaire*, (M. Cazenave). Paris: Poiesis. 1986
- Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa. 1987.
- _____. “La ideología como sistema cultural” En la interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa. 1992
- Giraldo, Luisa F. *La colonización antioqueña y la fundación de Manizales*. Manizales: Imprenta Departamental. 1983
- Gruzinski, Serge. *La colonización de lo imaginario*. México: Fondo de Cultura Económica. 1995
- Jaramillo, Roberto Luis. *La otra cara de la colonización antioqueña hacia el sur*. En la Revista de Extensión Cultural No. 18. Diciembre. Universidad Nacional de Colombia. 1984
- Jurado J. Juan Carlos. *Vagos, pobres y mendigos*. Contribución a la historia social de Colombia 1780-1850. Medellín: La carreta editores. 2004
- Kastos, Emiro. *Artículos escogidos*. 3 era. Edición. Bogotá. Banco Popular. 1972
- Moreno, Isidoro. *Identidades y rituales*. Estudio introductorio en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras e I. Moreno. Antropología de los pueblos de España. Madrid: Taurus. 1991
- Palenzuela, Pablo. *Las culturas del trabajo: Una aproximación antropológica*. En *Sociología del trabajo*. No. 24. 1995
- Parsons, James. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, 1950



Patiño Noreña, Bonel. *Postdata a la colonización antioqueña: Manifiesto de la identidad caldense*. En *Supía histórico* Año 11 No. 29 1998

----- Mito y realidad en la colonización antioqueña: la concesión Aránzazu. Biblioteca de Escritores Caldenses. Manizales: Imprenta Departamental

Roger, E.; Svenning, L. *La modernización entre los campesinos*. México: Fondo de cultura económica. 1973

Sánchez, Celso. *Imaginario cultural e identidades colectivas*. En *Identidades culturales*. Bilbao: Universidad de Deusto. 1996

Vásquez Lara, César Augusto. *Las representaciones populares de los*

habitantes de la ciudad de Manizales acerca del volcán-nevado del Ruiz. Bogotá. Universidad de los Andes. 1988

Vélez R., Juan Carlos. *Los pueblos allende el río Cauca: la formación del suroeste y la cohesión del espacio en Antioquia. 1830-1877*. Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia. 2002.



La Forja
Técnica: Mixta
Serie Formato Onírico
Juan Fernando Gonzalez 11°